

como estos luteranos trayan encantada á esta pobre gente salvaje:»¹ poco después volvía á decir que todos los naturales eran «grandes amigos de los franceses.»² ¡Cuán enemigos por el contrario de los españoles!

Las razones de esa amistad y de esa enemistad saltan á la vista. Los españoles, de carácter soberbio, rudo y violento, bastante exacerbado por sus largas y sangrientas luchas contra los moriscos, fuertemente movidos además de insaciable ambición y exaltados hasta grado sumo por crudelísimo fanatismo; veían en los indios á seres «más semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales,»³ y como á tales les trataban: creían que por ser gentes sin fé, podían indiferentemente violar á sus mujeres é hijas, «matarlos, cautivarlos, tomarles sus tierras, posesiones y señoríos é cosas, é dello ninguna conciencia se hacia.»⁴ Los franceses, de carácter alegre, comunicativo y amable, un tanto desprendidos y de espíritu religioso moderado, cuando no excéptico, miraban en los naturales á seres humanos inteligentes, más robustos, más ágiles y más hermosos que ellos,⁵ y no les despojaban de sus riquezas, ni les arrebataban su libertad, ni esturpaban á sus mujeres é hijas, ni tampoco les asesinaban, sino que les trataban afablemente como á iguales. Por esto el mismo Menéndez de Avilés tenía que decir: «aquellos indios, en lo general, son mas amigos de los franceses, que los dejan vivir con libertad, que no míos ni de los Teatinos, que les estrechamos la vida; y mas haran los franceses por esta causa en un dia que yo en un año.»⁶ No nos explicamos como el ilustre americanista Paul Gaffarel ha podido indicar que á causa de que sus com-

¹ Op. cit., pág. 87.

² Ibidem, pág. 92.

³ El Obispo fray Juan de Quevedo. En fray Pablo de la Purísima Concepcion Beaumont. Cronica de la Provincia de los Santos Apostoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacan, México. Imprenta de Ignacio Escalante. 1873-74. Tom. II, pág. 128.

⁴ Carta escrita en 1516 por varios Padres de la Orden de Sto. Domingo, residentes en la isla Española. En Colec. Docs. de Indias, tom. VII, pág. 401.

⁵ Le Challeux, Le Moyne y Laudonnière, obras citadas, pássim.

⁶ Op. cit., pág. 230.

patriotas no mataban ni corrompían á las razas indígenas, fracasaron en sus colonizaciones: es una blasfemia de lesa humanidad; felizmente el insigne americanista se apresura á atenuarla inmediatamente observando que al menos el recuerdo de los franceses no es maldecido, y que tal vez sea preferible para el honor nacional haber fracasado, «pero tener las manos limpias de esta sangre aborrecida.»¹

§ 9.—LOS INDÍGENAS.

CRAN en lo general los de la Florida de color aceitunado, de gran corpulencia, bien proporcionados y hermosos; su pelo, muy negro y largo, quedaba recogido con gracia arriba de la cabeza; andaban desnudos, excepto un taparrabo de piel suave de venado; muchos de ellos, especialmente los señores ó caciques, traían bellos tatuages en el pecho, brazos y muslos.²

Su color propio tiraba algo al rojo;³ el aceitunado era producido por las uncciones de aceite que acostumbraban entre sí.⁴ Cabeza de Vaca escribe: «como son tan crecidos de cuerpo, i andan desnudos, desde lexos parescen Gigantes. Es gente á maravilla bien dispuesta, mui enjutos, i de mui grandes fuerzas, i ligereza.»⁵ El mismo autor manifiesta adelante: «Vèn, i oien mas, i tienen mas agudo sentido, que quantos Hombres Yo creo que ai en el Mundo.»⁶ Laudonnière habla de un hijo del cacique Saturiba, llamado Atore, «hombre que oso decir perfecto en belleza, prudencia y de honorable continente, mostrando por su modesta gravedad merecer el nombre que lle-

¹ Op. cit., págs. 87-8.

² Laudonnière, op. cit., págs. 6-7.

³ Le Challeux, op. cit., pág. 260.

⁴ Laudonnière, op. cit., pág. 12.

⁵ Naufragios, pág. 8.

⁶ Ibidem, pág. 28.

va.¹ Le Moyne, en una de sus más bellas láminas, nos ha dejado el retrato de este príncipe, al que ilustra la siguiente leyenda: «extraordinariamente hermoso, prudente, distinguido, vigoroso, de una estatura tan grande que sobrepasaba en pie y medio á nuestros mayores hombres, dotado de modesta gravedad que hace resaltar en él su respetable magestad.»²

Las mujeres eran igualmente gallardas y hermosas, y de color aceitunado cuando grandes, pues al nacer parecían mucho más blancas;³ Alonso de Carmona, que formó parte de la expedición de Soto, nos habla de mujeres indígenas «hermosísimas à maravilla . . . en tanto grado, que despues, quando nos salimos de la Tierra, y fuimos à parar à Megico, sacò el Governador Moscoso, vna India desta Provincia de Mauvila, que era muy hermosa, y muy gentil muger, que podia competir en hermosura con la mas gentil de España, que avia en todo Megico; y assi por su gran extremo, embiavan aquellas Señoras de Megico à suplicar al Governador se la embiase, que la querian ver. Y èl lo hacia con gran facilidad, porque se holgava de que se la cudiciasen muchos.»⁴ Solís de Merás á su vez encomia la belleza de la esposa del Cacique Carlos, «muy bien dispuesta y hermosa, de muy buenas feyçiones: tenía muy buenas manos é ojos, é miraba con mucha gravedad á una parte é á otra, con toda honestidad: tenía muy buena mesura, que aunque entre las muchas indias que allí se vió hermosas, ninguna lo era tanto como ésta: traía las cejas muy bien hechas, é á la garganta un muy hermoso collar de perlas é piedras é una gargantilla de cuentas de oro: estaba desnuda . . . con sólo sus vergüenzas cubiertas.»⁵

¹ Op. cit., pág. 70.

² *Indorum Floridam provinciam inhabitatum eicones, primùm ibidem ad vivium expressæ.* Lám. VIII. En De Bry, op. cit.

³ Laudonnière, pág. 12.

⁴ En Garcilaso, op. cit., pág. 148.

⁵ Op. cit., pág. 161.—El propio Solís de Merás refiere como su cuñado Pedro Menéndez de Avilés, por haber galanteado inmoderadamente á esta bellísima joven, disgustó sobremanera á su esposo, quien para prevenir un enojoso atropello, obligó al atrevido galeantador, no obstante sus altos títulos, á que se casase con doña An-

Acostumbraban los indígenas de la Florida labrar sus tierras en común; cuando llegaba la época de la siembra, cada cacique hacía que se reuniesen todos sus súbditos para que juntos se consagraran á la labranza.¹ Por lo que hace á su industria, no obstante que casi carecemos de datos, podemos colegir que se encontraba algo avanzada, fundándonos en las referencias que tenemos sobre sus habitaciones, adornos y joyas, útiles y enseres, principalmente sus «piezas entretejidas, tan artificioosamente hechas, que no es posible hacer cosa mejor.»²

Vimos anteriormente cuánto se distinguieron los naturales por su valentía y arrojo; Mártir manifestaba que eran acérrimos defensores de sus derechos y que todas las veces que los españoles quisieron ocupar su suelo y dominarlos, «otras tantas fueron rechazados, derrotados y muertos por los indígenas;»³ Castellanos cantaba:

«A los contrarios van viejos y nuevos
Como las bestias fieras á sus cebos.»⁴

Menéndez de Avilés escribía: son «gente yndomable y que nunca españoles an podido con ellos.»⁵

A la par se mostraban comúnmente los indígenas sufridos, generosos, compasivos y humanitarios. Cabeza de Vaca nos dice «Son grandes sufridores de hambre, i de sed, i de frio, como aquellos que están mas acostumbrados, i hechos à ello, que otros.»⁶ El mismo autor pinta el singular desprendimiento con

tonia, indígena ya entrada en años y no nada hermosa, y á que consumase inmediatamente el matrimonio; la noche de la boda los capitanes españoles consolaban á su jefe, alabando industriosamente á la india vieja: «y á la mañana, ella se levantó alegre, é las mujeres cristianas que le hablaron, dixeron que estaba muy contenta.» *Ibidem*, pág. 166.

¹ Laudonnière, op. cit., pág. 11.

² *Ibidem*, pág. 168.

³ Libros rarísimos que sacó del olvido, traduciéndolos y dándolos á luz en 1892 el Dr. D. Joaquín Torres Asencio. Madrid. Imp. de la S. E. de San Francisco de Sales. Tom. IV, pág. 170.

⁴ Op. cit., pág. 69.

⁵ Op. cit., pág. 98.

⁶ Naufragios, pág. 28.

que daban á cualquier amigo ó extraño lo que poseían,¹ en ocasiones á los mismos enemigos,² y la conformidad excepcional que manifestaban cuando eran víctimas de algún robo.³ Dejamos referida la honda lástima y viva ternura que sintieron los naturales ante la desgraciada situación de los náufragos de Mal-Hado, y el desinterés y presteza con que les socorrieron. Por último, dan buenas pruebas de su humanidad, el cariño que dispensaban á los extranjeros cuando no recibían de ellos ningún mal, y la profunda indignación que sintieron al saber que los náufragos susodichos habían comido á los suyos propios.

Algunos cronistas castellanos, con el fin manifiesto de hacer odiosos á los indígenas, y paliar así las atrocidades que en éstos cometían sus compatriotas, osaron escribir que los floridos sacrificaban víctimas humanas, escogiendo para tales á los españoles especialmente; el cargo es grosero y está mal sostenido. Uno de los que lo lanza, Barrientos, asegura, por ejemplo, que los naturales sacrificaron á Rodrigo Troche, sacándole el corazón y flechándolo;⁴ pero á las pocas páginas olvida el autor el embuste y resucita al sacrificado.⁵ Para no insistir demasiado en este punto, nos limitaremos á agregar que hubo innumerables cristianos que sin recibir el más leve mal, ó bien recorrieron centenares y aun miles de leguas por entre los indios, como Cabeza de Vaca, Dorantes, Castillo y Estebanico, ó bien vivieron con éstos durante largos años: Hernández de Biedma habla de un español que hacía 12 años vivía en un pueblo de indígenas;⁶ Laudonnière de dos que llevaban 15 años;⁷ Le Challeux de otro que contaba ya 20 años de morar solo entre los naturales;⁸ dos mujeres españolas, que tenían igual tiempo de residir allí, rehusaron acompañar á sus compatriotas que llegaron por ellas, y

1 *Ibidem*, pág. 36, y *Colec. Docs. de Indias*, tom. XIV, pág. 278.

2 *Naufragios*, pág. 27.

3 *Ibidem*, pág. 30.

4 *Infra*, pág. 100.

5 *Ibidem*, págs. 122-29.

6 *Colec. Docs. de Indias*, tom. III, pág. 414.

7 *Op. cit.*, págs. 130-31.

8 *Op. cit.*, pág. 256.

se volvieron allado de los indios:¹ no habían de ser éstos, pues, muy crueles con los extranjeros y menos sanguinarios.

Aunque Barrientos asegura, al hablar de los naturales, «no tienen ningun genero de aspereza,»² eran, sin embargo, amantes de las riñas y guerras; mas nunca en las primeras, por exaltados que estuvieran, usaban de armas,³ ni en las segundas ofendían á las mujeres ni á las criaturas.⁴

Decía Barrientos que los naturales eran muy mentirosos; pero no fijaba su atención tal vez en que dos líneas antes había escrito: «castigan al que miente.»⁵

Por su parte Solís de Merás afirmaba indignado que los indígenas eran muy traidores; no caía tampoco en cuenta quizá que aunque naturalmente sinceros, tenían que manifestarse cautelosos con los castellanos para no caer en las arteras acechanzas que á cada paso les tendían, como la que empleó Vázquez de Ayllón cuando cautivó á los indígenas pobladores de Chicora. Por otra parte, ese hombre, que según digimos fué uno de los asesinos de Jean Ribaut, enojábase en cambio contra su cuñado Pedro Menéndez de Avilés, porque no seguía el consejo que le dieron todos los suyos, de que plagiara alevosamente al cacique Carlos, no obstante que éste le había recibido y hospedado con generosidad, y le exigiera por su rescate cien mil ducados ó más: así lo escribe el mismo Solís.⁶ Otro colega de éste, Hernando de Escalante Fontaneda, llama también traidores á los naturales, y declara á poco andar que á fin de pacificarlos, «los cojan á buena manera convidádoles la paz y metellos debajo de las cubiertas á maridos y mugeres y repartillos por vasallos á las islas, y aun en tierra firme por dineros, como algunos señores en España compran al Rey vasallos, y desta manera habria maña amenguándolos.»⁷ Fuera de que ta-

1 Solís de Merás, *op. cit.*, pág. 167.

2 *Infra*, pág. 29.

3 Cabeza de Vaca, *Naufragios*, pág. 27.

4 Laudonnière, *op. cit.*, pág. 7.

5 *Infra*, pág. 27.

6 *Op. cit.*, pág. 157.

7 *Colec. Docs. de Indias*, tom. V, pág. 544.